

Para cualquier representación pública de mis obras, debes ponerte en contacto conmigo o puedes entrar en SGAE y tramitar la solicitud.

[mluzdramaturga@hotmail.com](mailto:mluzdramaturga@hotmail.com)  
[www.mariluzcruz.com](http://www.mariluzcruz.com)

## Ascensor para- dos

M<sup>a</sup> Luz Cruz

### **Monólogos intercalados para una pareja**

Personajes: ELLA y ÉL

ESCENOGRAFIA: Un ascensor

*El sale por el ascensor y Ella entra por uno de los laterales del escenario o puede subir desde la platea. Se colocan en el centro del escenario, algo separados el uno del otro y empiezan cada uno con su monólogo.*

**ELLA** - Cuando llegó el ascensor a mi rellano, dentro bajaba un vecino del piso de arriba. Yo apenas conocía a ese individuo, llevaba muy poco tiempo viviendo en el edificio. Era un tipo encorvado y bastante amarillento, que apesta a colonia barata y con más gomina en el pelo que Superman. Con los ojos de salido me lanzó una mirada repasándose de arriba abajo, luego, hizo una especie de mueca para darme los buenos días. Eso, debería haber sido una señal, pero de haberme imaginado lo que me esperaba en aquel ascensor, habría bajado a patita, ¡y saltando los escalones de tres en tres!

**EL** - El ascensor se paró en el piso debajo del mío, y ¡premio! entró en él la vecinita del quinto segundo. Me había tropezado con ella un par de veces en el portal, pero no habíamos cruzado

palabra alguna, más que lo típico, ya sabéis, los saludos obligados por educación, hola, buenos días, buenas tardes... (*Con una pícara sonrisita*) Pero... en las dos escasas ocasiones que la vi, “mi radar” (*Hace un gesto como si llevase antenas*) se puso las pilas y le hizo rápidamente un escaneo en toda regla. (*Mirada de arriba a abajo*) De pies a cabeza. Y el resultado que sacó no estaba nada mal... pero que nada mal... Era morena, delgadita, con un trasero redondito y (*Haciendo el gesto de agarrar*) con dos buenos pulmones... Me entendéis, ¿verdad? Vamos, ¡con dos buenas tetas!

**ELLA** - (*Imitándole la mirada y la sonrisa*) Ese tipo me mirada y me sonreía con cara de psicópata. Enseñaba la dentadura sin venir a cuento, como si se tratase de un anuncio de dentífrico.

**EL** - Pero parecía mentira, lo buenorra que estaba la colega y lo poco amigo que era de dar confianzas. La vecinita era ahorrativa en palabras. Al entrar en el ascensor apenas si me dio los buenos días. Claro, que yo, le lancé (*Imitando la mirada y la sonrisa*) una mirada penetrante y luego di rienda suelta a mi mandíbula para que la deslumbrase con mi seductora e irresistible sonrisa.

(*Mientras ella habla él sigue sonriendo*)

**ELLA** - Al llegar al cuarto piso se fue la luz, y el ascensor dio un fuerte tirón y se paró de golpe. Yo en un acto reflejo, hice lo que cualquier persona en mi lugar hubiera hecho, (*Se agarra la cabeza*) agarrarme bien la cabeza para protegerla. (*Con cara de pánico como si golpearla*) Cagada de miedo golpeaba la puerta gritando como una posesa ¡Socorro, socorro, sáquenme de aquí! ¡Oigan, oigan, quiero salir de esta ratonera!

**EL** - Entre el tercero y el cuarto piso se fue la luz y como era de esperar el ascensor se paró de golpe. En ese momento pensé, (*Con una sonrisita mordaz*) si yo fuese un crápula, “ésta”, sería una ocasión ideal para muy diplomáticamente meter mano. ¡Vale, vale, me pasao un poco! Eh, tranquilos... que sólo ha sido una broma. (*Carraspea y se pone serio*) Yo soy todo un caballero. No hay más que verme... Que os quede bien claro, que no es mi estilo el de lanzarse a la presa como un salido. (*Dándose importancia*) A un tío con este físico, son ellas las que se le lanzan. Yo...yo no lo haría nunca, y menos si la presa... (*Con doble intención*) es joven... está muy buena... desvalida... encerrada en un ascensor... ¡Y pegando gritos! ¡Cómo gritaba la condenada! Cómo para intentar acosarla, ¡me muerde!...

**ELLA** - (*Con cara de pánico*) Estaba aterrorizada e intentaba tranquilizarme, y convencerme a mí misma de que pronto me sacarían de ese cajón. Pero me puse peor, cuando caí en la cuenta, de que a esas horas de la mañana el edificio está vacío. Todos los vecinos abandonamos la fortaleza para salir a trabajar. Es lo malo que tiene vivir en un edificio en el que todo son apartamentos de: solteros, separados o viudos. El único vecino que quedaba para guardar el fuerte, era un señor mayor que vive con su hija. Pero ese tampoco me podía ayudar, recordé, que además de ir en silla de ruedas era sordo como una tapia. Por un momento, eché de menos cuando vivía con mis padres. Allí, allí sí que me sentía segura, porque pasase lo que pasase se enteraba rápidamente todo el vecindario.

**EL** - Esa zumbada ya podía gritar hasta quedarse afónica, allí no aparecía ni Dios para abrir el dichoso ascensor. Esa miedica me estaba acojonando. Estaba histérica, porrazo va porrazo viene con la puerta del ascensor, y gritando a todo pulmón, (*Imitándola*) ¡*sacarme de aquí que me va a dar algo, sacarme de aquí que me ahogo!*! ¡Joder, con la vecinita, la fuerza tenía en ese par de pulmones! Parecía la niña del Exorcista. Sólo le faltaba que la cabeza le diese vueltas y empezase a vomitar.

**ELLA** - (*Moviéndose lentamente*) Me moví con mucha prudencia y tropecé con el otro ocupante. (*Lo cuenta con suspense*) De repente, ese individuo, soltó ¡joder mi pie! y me aterroricé. Fue entonces cuando volví en mí y recordé que no estaba sola, que estaba encerrada con aquel coco dentro del mini ascensor.

Con el aliento de aquel lerdo en mi nuca, oigo que me dice, (*Imitando con voz siniestra*) tranquilízate *que yo estoy aquí contigo*. Y para animar la cosa, añade, *yo ya he tenido dos experiencias más como esta. Y desde que se fue la luz hasta que nos sacaron pasaron más de tres horas.* (*Con intención*) Vamos, ahora ya podía quedarme más tranquila, estaba prisionera con el gafe del ascensor...

**EL** - Había tanto movimiento en ese ascensor que parecía el camarote de los hermanos Marx. Cuando la vecinita se cansó de aporrear la puerta, la emprendió con mi pie. Sí, con mi pie. Me llovían pisotones por todas partes. Me pisoteó, me clavó el tacón, en el mismo pie, no una, ni dos, sino hasta cinco veces seguidas. ¡Joder, mi pie...! ¡Joder, tía, ten más cuidado, que me vas a dejar cojo! La amiguita parecía que estaba pisando uvas en la vendimia. ¡Me dejó el pie que ni lo sentía, con el taconcito de los cojones!

Después de los pisotones, como por arte de magia se quedó callada, como muda, no la oía ni respirar. (*Estira los brazos palpando*) Estiré los brazos todo lo que me daban de sí, para ver si la tocaba, pero nada. Empezaba a preguntarme ¿Dónde se habrá metido esa chiflada? Si se ha desmayao, lo ha hecho de forma muy silenciosa, porque no la he oído caer. (*Sonrisita*) ¿Qué? Ya sé lo que estáis pensando... Que es la ocasión ideal para ejercer de buen samaritano, y hacerle la boca a boca a la macizorra de la vecinita ¿Verdad...? Pues no fue ni parecido.

**ELLA** - Hablaba y hablaba sin parar, como si tratase de amodorrarme. Con tanta palabrería me estaba mareando, me dio un vahído en la cabeza y las piernas me flojeaban, por un momento me vi besando el suelo del ascensor. Pero como estaba aterrada, era incapaz de hacer callar a ese siniestro personaje. Con la respiración entrecortada, le contesté, (*Como si se ahogase*) yo-no- creo- que- resista- tanto tiempo- metida- en- esta -caja.

**EL** - Mira que yo tengo aguante, pero por un momento ¡me acojoné y todo! ¡Me entró un cague...! Creí de verdad que se estaba ahogando. Me acerqué todo lo que pude para ver si seguía en pie o se había caído redonda al suelo, ¡Bravo, la vecinita seguía en pie! ¿Lo ven? No tuvo oportunidad de hacerle la boca a boca. Tanto me acerqué que casi me doy de morros con ella. Tenía su nuca a cinco centímetros de mi nariz. ¡Qué olor, qué olor! ¡Cómo olía la vecinita! (*Imaginando*) El pelo le olía a flores del campo, ¿o era a frutas del bosque? (*Dudando*) No, no, era a brisa marina. Bueno, no sé a qué olía exactamente, no estoy muy puesto en perfumes de mujer, porque yo para no correr riesgos innecesarios prefiero regalar flores. Sólo sé que aquel perfume me transportó de golpe fuera del apestoso ascensor. (*Cambio*) Que, dicho sea de paso, ya podían limpiarlo de vez en cuando, porque hacía un pestazo a naftalina que tiraba pa' tras.

**ELLA** - ¡Ese cenizo, no tenía compasión de mí! ¡Era de un morboso...! Yo me estaba ahogando... y él se regodeaba contándome con pelos y señales sus tres horas de encierro. Y lo narraba, con un entusiasmo... como si se tratase de su gran aventura. ¡A ese tío qué le pasaba por aquella cabezota! ¿No tenía compasión ninguna de la angustia que yo sentía? ¿O es que su intención era adormilarme con su voz para aprovecharse de mí? Porque mascullando seguía insistiendo, (*Imitando la voz*) ya verás...ya, como esto no es nada. *Oye, que te lo dice todo un experto en esto de los encierros.* No sabía que decir.

**EL** - En todo momento traté de que mantuviese la calma, que en su caso resultaba casi misión imposible. (*Dándose importancia*) Pero yo ya era todo un experto en la materia, no podía rendirme, y me dije, ¡venga machote, adelante, vamos, utiliza todas tus armas para tranquilizar a la histérica! ¡Y así lo hice! (*Interpretando la voz*) Con voz firme y clara, para inspirarle

seguridad, y con palabras “muy sencillitas” ... para que en el estado de shock en el que se encontraba la colega, las pudiese entender. Le dije, tú “*no tienes*” que *preocuparse de nada*, “*no tienes*” motivo para tener miedo, “*no estás sola*” y has tenido la gran suerte de estar, ¡con todo un experto en esto de los encierros de ascensor! Tienes que tratar de calmarte, porque pueden pasar horas hasta alguien se acerque a este rellano, asome la nariz al ascensor y nos pillen aquí juntitos... Pero nada, no escuchaba. Casi aseguraría que le causo el efecto contrario, estaba de un negativo... Con la voz entrecortada decía, (*Imitándola*) *Me falta el aire, no puedo respirar, si no me sacan pronto de aquí no creo que resista mucho tiempo en esta caja.*

**ELLA** - El muy cretino, me pedía calma al tiempo que me pronosticaba horas y horas de encierro con él. Hablaba como si yo fuese idiota, y en ese ascensor el único idiota que había era él. Cada palabra que soltaba, me martilleaba en la cabeza como el ¡¡gooooom de una película china!!

Tratando de controlar la respiración me arrinconé lo más lejos posible de aquel gafe. Pero después de pisar algo, sentí su mano que se acercaba a mi nariz y la siniestra voz que me decía, *toma, ¿El qué? Un caramelito de estos. ¡Qué caramelito!?* ¡Si no se veía un pijo!

**EL** - Con el pie dolorido por los pisotones que me arreó, en plan de coña le solté, *oye, estás perdonada, parece que el pie sigue en su sitio, todavía no se me ha caído. Toma, un caramelito de estos,* (*Se saca uno del bolsillo*) *Para celebrar nuestra reconciliación y empezar a romper el hielo.* (*Cambio*) Pensé, a ver si chupando algo gasta la energía que le sobra y se calma un poquito aquí la amiguita... Pero a la vecinita, el hielo se le había convertido en todo un iceberg. No había manera, estaba de un despectivo... Todo eran excusas para no alargar la mano y coger el caramelito.

**ELLA** - El gafe, intentando hacerse el graciosillo, insistía con el caramelito de las narices, y yo con mucha sutileza, tratando de que ese pelma me dejase en paz, le dije. No, gracias, no tengo costumbre de tomar caramelos, que luego la dentadura, ya sabes... Me cortó de golpe. (*Imitando la voz*) ¡Déjate de rollos! Te los recomiendo ¡Vamos, no te hagas de rogar y cógetelo! Yo desde que los tomo, tengo la garganta mucho mejor, hasta se me ha curao la tosecilla que tenía por las mañanas. Insistí, no, gracias. No estaba yo precisamente para caramelitos. ¡Menuda conversación tenía aquel muermo! (*Con retintín*) ¡A mí que mierda me importaba su tosecilla de la mañana! ¡Por mí como si se ahogaba!

**EL** - ¡Qué desconfianza! En mi vida he visto una tía tan desconfiá. A esta, a poco que rascases se apreciaba enseguida que tenía un trauma... ¡de un par de cojones! De esos de años de psicólogo. Su madre, o su abuela, seguro le comieron el coco durante su infancia, (*Con voz de abuela de cuento*) con lo de... *Niña, no se habla con extraños, niña, no se cogen caramelos de desconocidos que te pueden envenenar.* ¡Y así estaba la pobre, confundida y con una desconfianza... Si no, a qué venía tanto miedo. Seguro que en ese momento se acordó del lavado de tarro de su familia y pensó, *este me quiere envenenar*. Lo que se hizo de rogar la colega... No me cogía el caramelo ni pa' tras y harto de ofrecérselo acabé por metérselo en la boca yo mismo. Y tenéis que reconocer que soy un tío con un par... Porque con tanta desconfianza y el ataque de pánico que tenía, corría el riesgo de que me arrancase el dedo de un mordisco.

**ELLA** - Pero insistió e insistió. *Oye... que no te voy a envenenar...* No las tenía yo todas conmigo. Era tal el miedo que sentía, que para no contradecir a aquel pelmazo tuve que tragarme ¡el caramelito de las narices! Palpando se encargó él personalmente de metérmelo en la boca. Al tiempo que me decía con voz siniestra. (*Imitando la voz*) *Ya verás, ya, que bueno está...ya verás...* O sea, sí o sí, al final, se salió con la suya.

Después del episodio del caramelito, saqué el móvil del bolso, ¡qué alivio tener un poco de luz! Pero, ¡mierda! Casi no le quedaba batería. Cruzando los dedos marque el número de mi compañera de piso, y ¡bingo! La típica voz me recordaba que el abonado no estaba disponible y que dejase el mensaje.

**EL** - ¡Me costó dios y ayuda que soltase prenda la vecinita! Pero muy poco a poco se iba soltando, aunque para ser sincero, parecía que las palabras se las estaba sacando con un sacacorchos. Y cuando ya empezábamos a coger un mínimo de confianza, sacó el móvil del bolso para llamar a su amiga. ¡Qué ya me diréis, para qué necesitábamos a su amiguita en ese momento tan íntimo...! Con lo bien que me había venido a mí el apagón para tenerla muy cerquita...casi pegadita a mí...

**ELLA** - Aquel mamarracho, se me acerca más de lo que ya estaba, y entre lametón de dedos para quitarse el azúcar del caramelo, va y me suelta, “*desde que te vi abriendo el buzón, quedé pillao de ti, me atravesaste el corazón, pero hasta ahora no había tenido la oportunidad para decírtelo.* ¡Y ahora tampoco la tenía! Pero como estaba a oscuras entre cuatro paredes... ¡Ese majadero, flipaba en colores! Y siguió, *es que...desde que entre a vivir en este edificio no he hecho amistad con nadie.* Normal... con esa tarjeta de presentación... Y dándome un empujón,

añade. *Oye... que yo soy un tipo muy sociable, eh... Lo que pasa es que últimamente ando ocupao con unos asuntillos...*

**EL** - Así a oscuras, todo me resultaba más fácil, lo tenía a huevo para dejarle caer que me gustaba un montón. Tratando de apuntarme un tanto, que eso con las mujeres siempre viene bien, se me ocurrió empezar la conversación de forma sensiblera, interesándome por un pobre vecino que lleva bastón. Cosa que aquí entre nosotros, a mí, ni me va ni me viene, ni su bastón, ni su pierna, ni siquiera la desgastada cadera de ese señor.

**ELLA** - De repente me suelta, *mira, ahora, después de hablar contigo hasta me atrevo a hablar con ese vecino tan raro que vive en el bajo.* ¡Cómo tenía el valor de llamar raro a alguien! ¿A quién te refieres? ¿A ese que lleva un bastón? Contestó de golpe. *¡Sí, a ese, justo a ese! Ese vecino, está fatal, incluso con bastón se le ve que camina con mucha dificultad. Pobre hombre...* Y me suelta, *¿sabes si ese vecino tiene seguro?* ¡Y yo que sé, no tengo ni idea! *Es que como lo veo tan mal...* La preguntita me dejó desconcertada. ¿A que venía ese repentino interés por saber si el vecino del bastón tenía seguro o no tenía? Que rarito era el pobre. Por un momento me dio por pesar de todo, y nada de lo que me pasaba por la cabeza, era bueno.

**EL** - Después de la indiferente conversación sobre el vecino del bastón, volvió a las andadas y se quedó muda otra vez. Con esos silencios, trataba de hacerse la dura, pero a mí no me la pegaba, cuando encendió el móvil, a pesar de la poca luz que daba, no pudo disimular y la pillé mirándome por el rabillo del ojo. (*Dándose importancia*) No hace falta ser muy listo para percatarse de que la vecinita estaba empezando a colarse por los huesitos de un servidor.

**ELLA** - Entre lametón y lametón de dedos, me puso al corriente de su vida. ¡Toda, sin reservarse ningún capítulo para otro apagón! Volví a encender el móvil y tenía su jeta a diez centímetros de la mía, no me da tiempo a marcar, cuando saca una tarjeta del bolsillo que coloca delante de la luz del móvil. Sin mucha sutileza aparto la tarjeta y le dejo caer, perdona, pero iba a llamar, creo que no es el momento para formalidades. Me dice, *no, no si es la tarjeta de mi trabajo, soy agente de seguros. Esto es lo mio, soy único en esto, trabajo en la mejor compañía que hay ahora mismo en el mercado.* Yo le seguía la corriente. Ya, claro, claro. ¿Y qué quieres que haga con la tarjeta? *Que te la guardes en el bolsillo para cuando la necesites. Mira, hoy por ejemplo hubiera sido un buen día para usarla. Si tuvieras un seguro con nosotros, claro.* No podía creerlo, aquel individuo trataba de sacar tajada hasta atrapado en el ascensor.

**EL** - ¡Qué obsesión con el jodido móvil! En un momento que me despisté ya estaba marcando otra vez el número de su amiguita. Seguía intrigado en saber si el olor que desprendía de su pelo eran frutas, flores, o brisa marina. Olisqueaba y olisqueaba como un sabueso tratando de averiguarlo. ¡Qué olor, era como una droga! Cuanto más lo olía más quería. Pero cuando se encendió la luz del dichoso móvil, me pilló con la trompa a menos de cinco centímetros de su melena. Rápidamente para no hacer el ridículo coloqué sobre la pantalla del móvil lo primero que saqué del bolsillo, que era ni más ni menos que la tarjeta de una compañía de seguros. Tenía que evitar por todos los medios que la luz me diese en la jeta, no podía verme la cara de besugo que tenía en ese momento. Para salir del paso me inventé un cuento chino, y aprovechando la tarjeta, sin pensarlo ni un minuto, di riendas sueltas al actor que llevo dentro y acabé bordando el papel de un particular subdirector de una importante compañía de seguros.

**ELLA** - Como no teníamos nada mejor que hacer, según él, a modo de información, era un buen momento para ponerme al corriente de los novedosos productos con los que contaba la compañía. Y dichos productos, constaban, y cita textualmente, “desde” *un seguro de decesos con banda de músicos vestidos con traje regional, lógicamente el traje a escoger por la familia del finado*, “hasta” *el más sofisticado y moderno seguro para el rey de la casa, que no era otro, que el animal de compañía de turno*. Aquellos seguros eran tan extravagantes, que más que seguros, parecían las ofertas de una agencia de viaje en plena campaña estival ¡A mí importaban un pimiento los seguros de su compañía, pero con tanta cháchara me tenía atacá de los nervios!

**EL** - ¡Mi madre! En que jardín me había metido yo solito. Empecé a idear productos y productos y casi me quedo solo. (*Riendo*) ¡Pero qué arte tenía! En un momento había montado toda una “gran compañía” con las más novedosas pólizas. Ideé un seguro de decesos, (*Cruzando los dedos*) *Lagarto, lagarto*, que no era un seguro al uso, no, el seguro que yo había creado, tenía músicos, con la indumentaria a elegir por la familia del fiambre, y podían escoger desde un ligero traje de hawaiano hasta el más completito traje de lagarterana. En mi compañía había creado seguros únicos para todos, incluidos los animales de compañía. Yo les premiaba su lealtad con unas sofisticadas vacaciones en un balneario con aguas preparadas específicamente para el pelaje de las sufridas mascotas. ¡Vamos, todo un chollo!

**ELLA** - Después de contarme todas las ventajas de su afamada compañía, le pido con mucha sutileza que se aparte un poquito, para poder respirar. Me faltaba el oxígeno. ¡Aquel egoísta se lo estaba tragando todo él solito!

**EL** - Me pidió que me apartase un poquito. (*Creido*) Y sé muy bien por qué lo hizo, después de mi magistral información sobre los productos, quedo totalmente impresionada y rendida a mis encantos, que son muchos... Pero trató de hacerse la dura para no lanzarse directamente a por mí.

**ELLA** - Después del rollo que me soltó ese engreído, volví a marcar el número de mi amiga, sin obtener respuesta después de tres minutos en espera, ¿Sabéis lo que supone tres minutos de espera, encerrada con un demente y un móvil a punto de acabarse la batería? ¿No...? ¡Pues mejor que no lo sepáis nunca! Insisto e insisto ¡y por fin mi amiga contestó! ¡Qué alegría! Y cuando empezaba a hablar con ella, ese tarado tropezó con algo y me arreó un codazo que se tambaleo hasta el ascensor. El móvil fue directo al suelo, y un acto reflejo nos agachamos los dos ¡y zas coscorrón! El gafe, como no podía ser de otra manera, lo pisó y lo partió. ¡Lo habría matado! Pero volvió el miedo a apoderarse de mí.

**EL** - ¡Y dale con el móvil! Tanto insistió, que acabó por cogerlo su amiguita. Estaba tan ansiosa por hablar con ella que tropezó conmigo, el aparatito se le escapó de las manos y fue a parar al suelo, intenté cogérselo rápidamente, pero ella se abalanzó sobre mí como si fuera un jugador de rugby ¡y me arreó un cabezazo que retumbó todo en el ascensor! Parecía que me habían dao con un yunque ¡Qué dolor! Aguanté heroicamente la embestida, pero mordiéndome la lengua para no soltarle a la vecinita... ¡Cabezona! ¡Menudo cabezón gastas, colega! Algo aturdido le recogí los pedazos del aparatejo y se los entregué. Al cabo del rato me salió un bollo en la frente que parecía el huevo de Colón. Ese chichón, durante toda la semana fue el blanco de todos los chistes de mis compañeros de trabajo.

**ELLA** - Cuando me entregó lo que quedaba del móvil, me suelta, *toma, impaciente, tu esqueleto y no te cabrees tanto, que no te vale la pena. Mira, yo creo, que desde que llevamos estos bichos encima hasta nos irritamos mucho más. Son como espías...* Él, sí que era un bicho raro. Desconsolada me dejé caer en el suelo, y que fuera lo que Dios quisiera.

**EL** - Cuando le entregué la chatarra que quedó del móvil, me aparté un poco de ella, porque mantenerse cerca empezaba a resultar peligroso. No es que me rindiese, no, es que no podía aguantar el dolor de cabeza que tenía, se me estaba despertando el leñazo y parecía que el tarro por momentos se me iba a dividir en dos partes.

**ELLA** - Después de cuatro horas de encierro, por fin llegó el ejército de salvación. Que no era otro que los vecinos del edificio, a mí, me encontraron dormida con la cara toda pegajosa, lo

cual dio pie a comentarios diversos... Y él tan campante. El energúmeno al despedirse gritaba  
*¡Ahora ya eres toda una experta en encierros, casi, casi como yo!*

**EL** - Aunque parezca difícil creerlo, la vecinita se quedó dormida a pierna suelta, ¡y roncando como un oso! Cuando nos sacaron habían pasado más de cuatro horas. Ella, después del sueñecito que se había echado estaba fresca como una lechuga, en cambio yo, estaba hecho polvo. El pie se me había hinchado y no me lo sentía, el ojo derecho no lo podía abrir del todo y el huevo de la frente no llegó a ser como el de una gallina, pero sobrepasó al de codorniz. Me despedí de ella guardando las distancias.

**ELLA** - A los dos días, llamó a mi puerta, venía con un móvil en las manos y un chichón en la cabeza, de esos que hacen época. (*Con una sonrisa de complicidad*) Desde aquel día hasta hoy ha pasado un año y el gafe, terminó siendo mi pareja. El encorvamiento era la capucha de la sudadera, lo amarillento de su piel, la luz mortecina del ascensor, la gomina, el pelo mojado, la colonia barata, el ambientador que el presidente gratuitamente colocó en el mini ascensor, los tropezones, la bolsa de deporte. Su personalidad y su voz, todo fruto de mi imaginación.

**EL** - Del episodio del ascensor ha pasado un año. Después de meditarlo llegué a la conclusión de que la histérica tenía su gracia, y me dije, qué son unos cuantos pisotones, un ojo morao y chichón casi del tamaño de un pomelo, nada, pequeñeces... Me armé de valor y me presenté en su puerta con un móvil, unas botas de punta de hierro y el casco de la moto en la cabeza (*Dándose importancia*) y como no podía ser de otra manera, acabó coladita por mí. De muda, nada de nada, habla hasta por los codos, el miedo sólo lo tiene cuando bromeo con dejarla encerrada en el ascensor. (*Con una pícara sonrisa agarra de la mano a ella*) Ah, el olor de su pelo ya lo he averiguado, pero eso me lo reservo para mí.

Oscuro